

REDESCUBRIMIENTO EN EL CAMPO

Empezamos a redescubrir el campo. Sencillamente lógico porque el hombre de nuestro tiempo, que puso toda su ilusión en la ciudad, que acudió y sigue acudiendo a su luminosa lámpara gigante huyendo de la para él oscuridad de la tierra, empieza a comprender que no es oro todo lo que reluce en la gran o mediana necrópolis.

Porque todas las ciudades de nuestro tiempo tienden, fatal o irreversiblemente a convertirse en ese monstruo moderno de los millones de habitantes, arracimados, aplastados unos sobre otros, a cambio del gozo de unas comodidades que, precisamente, por ser para todos resultan a la larga incómodas.

¿Maravilloso, por ejemplo, poder desplazarse en metro a gusto y capricho de cada uno, verdad? Pero, indaguemos la opinión de los que se ven obligados a viajar en las horas punta que es cuando se hace imprescindible su uso. ¿Fabuloso disponer de tantos sitios de diversión y esparcimiento, no? Sólo que como a la hora y momento de utilizarlo —días de fiesta, vísperas, etcétera—, coinciden todos esos cientos de miles que tienen la misma idea, la diversión, cuando se consigue, es a costa de una incomodidad del que en más de un caso obliga a prescindir de ella con satisfacción.

Y así, podríamos seguir enumerando ventaja tras ventaja de las que han constituido y constituyen esa tremenda fuerza de atracción de la ciudad sobre el campo y de las que ahora se empieza a recoger como fruto amargo la serie de dificultades que semejan —valga el simbolismo— alas quemadas de las mariposas a las que la luz atrajo.

Graves problemas, la congestión del tráfico, la contaminación de la atmós-

fera... Algo peor, la degeneración de costumbres, facilitada por la inmersión de los jóvenes que el anonimato de la masa, esa feroz indiferencia de todos hacia todos que ni se molestan en encubrir el egoísmo que la gran ciudad genera. Aún mucho más, pero con lo expuesto hay suficiente para comprender el claro fenómeno de regresión que por todas partes despunta.

Ello comenzó con la divulgación del fin de semana. El hombre de la ciudad, en posesión de la moto, del utilitario, o sencillamente del tren o del autocar, ha comenzado a huir de ella, como se saca la cabeza de dentro del agua para respirar. Sólo un día a la semana, pero suficiente para establecer el contraste.

Un contraste agudizado por la extensión del verano, como beneficio social, a tantos españoles cuyos padres o abuelos, jamás pudieron hacerlo.

Y ahora, la clara búsqueda de la vivienda en el campo, aunque el trabajo diario tenga que cumplirse en la ciudad cercana, pero ya desarrollando la vida de cara a la naturaleza, huyendo de la forzada permanencia entre el asfalto y las viviendas apretujadas, superpuestas unas y otras en ese amontonamiento arquitectónico en que todas las formas han venido a sumergirse en recintos cuadrículados. Este en cuanto al hombre víctima de la necrópolis se refiere.

Pero hay más. Porque ya toda clase de estamentos empiezan a entender de la necesidad de frenar la huida del campo, que ha promovido los resultados que antes hemos anunciado.

Cierto que el trabajo en el campo está cambiando igualmente de rumbo. Ya no es preciso el esfuerzo único del

Pasa a la página 16